

---

ROMANCE DE LA HACIENDA DE LA HUERTA.

(1821.)

---

En la hacienda de la Huerta  
Don Vicente Filisola  
Está con el Padre Izquierdo  
Y con sus valientes tropas.  
Iturbide le ha mandado  
Que á combatir no se exponga,  
Por ser muchos sus contrarios  
Y ser su fuerza muy corta.  
Toluca, en expectativa,  
Su posicion mira ansiosa,  
Lamentando su aislamiento,  
Presintiendo su derrota.  
El Comandante Castillo  
Para el asalto se apronta,

Y organiza su defensa  
 Denodado Filisola.  
 Calvo y Martínez compiten  
 En ardimiento y en cólera;  
 Ya ve Castillo á los nuestros  
 Ceder; ya ve á la victoria . . . .  
 Moreno, á la bayoneta  
 Puesto ventajoso toma,  
 Y se empeña la batalla  
 Implacable y horrorosa.  
 Es el campo un mar de llama,  
 La sangre la tierra moja,  
 El aire lleva gemidos,  
 El humo terror y sombra.  
 Fuentes y González juntos  
 Al enemigo se arrojan,  
 Y los siguen de Fernando  
 Las bayonetas heróicas.  
 Donde hay más furor se mira  
 Dominante á Filisola:  
 Sigue sus pasos la muerte,  
 Su frente alumbra la gloria,  
 El reflejo de su espada  
 Es alma de los patriotas.  
 Los de Castillo esforzados  
 Luchan, se alientan, se enojan;  
 Mas por fin se desordenan,  
 Por fin el campo abandonan,

Y entre despojos sin cuento,  
 Y sangre y humo de pólvora,  
 Cantos á la Independencia  
 Los vencedores entonan.  
 Las levantadas montañas  
 Alzan las frentes radiosas,  
 Y el Nevado gigantesco  
 Se viste de luz de gloria.

---

---

ROMANCE DE VICTORIA.

(1821.)

---

Terror de los negros bosques,  
De sí propio horror y miedo,  
Cual fantasma pavoroso  
Su descarnado esqueleto,  
Va Guadalupe Victoria  
Por los lugares desiertos:  
Su piel dibuja en relieve  
Los perfiles de sus huesos;  
Su pelo toca en sus hombros  
En descuidados cadejos;  
Su barba, revuelta y lacia  
Baja hasta cubrir su pecho,  
Como esas ramas que cuelgan  
En el rigor del invierno  
Del desmoronado muro  
Sobre las ruinas cayendo.

Sus piés, con las uñas corvas,  
 Dejan la huella en el suelo,  
 No de hombre, sino de fiera,  
 O más bien de monstruo horrendo.  
 Entre el cabello y la barba  
 Casi se adivina el gesto  
 Del hombre, y sus negros ojos  
 Tienen resplandor siniestro,  
 Como ascuas que sobreviven  
 Al devorador incendio.  
 En aquel sér misterioso,  
 Ni hay lágrimas ni hay acento:  
 Parece como que flota  
 Entre la vida y los muertos,  
 Y que el dolor le permite  
 Que asista á su propio duelo . . . .  
 Y á este suicidio espantoso,  
 Y á este salvaje tormento  
 Se entregó el héroe querido  
 Y se condenó el guerrero,  
 Cuando viendo de la Patria  
 Desparecer el remedio,  
 Odio juró á los tiranos,  
 Y juró morir primero  
 Que mirarla sumergida  
 En afrenta y vilipendio.  
 Primero el Virey le acecha,  
 Con tan decidido empeño,

Que no le deja descanso  
 Ni deja á sus ojos sueño.  
 Dos veces el sol ardiente  
 Su giro emprendió de nuevo,  
 Y dos resisten sus carnes  
 De la canícula el fuego,  
 Sin que la desdicha dome  
 Su constancia y su ardimiento.  
 Fatigados sus verdugos,  
 Le dan al Virey por muerto,  
 Y le fingen un cadáver,  
 Y suplantán un entierro,  
 Con que el Virey, ya vengado  
 Se demuestra, y satisfecho.  
 En tanto, peces y yerbas  
 Tosco sustento le dieron:  
 Despues á la húmeda arena  
 Pegaba sus labios secos,  
 Pidiéndole á la locura  
 Si no la muerte el consuelo . . . .

---

En los mares del Oriente,  
 Sobre las ardientes playas,  
 Nuestra tricolor bandera  
 Bañada en luz se levanta,  
 Y de Veracruz los muros  
 Irresistible amenaza.  
 “ ¡Gloria!—las arenas dicen,

“¡Gloria!”—repiten las aguas,  
 Y en “¡viva la Independencia!”  
 Prorumpen el pueblo entusiasta  
 A Iturbide proclamando  
 Y vitoreando á Santa-Anna.  
 Éste, noble y generoso,  
 Dice á su tropa: “Nos falta  
 “Para dar pompa á estos hechos,  
 “Para completar sus galas,  
 “Que venga aquí el Gran Victoria.”  
 Y á unos dragones destaca  
 Para que doquier le busquen,  
 Para que en triunfo le traigan,  
 Para que presencie ufano  
 Las victorias de la Patria.

---

Van preguntando á los bosques,  
 De Santa-Anna los soldados,  
 Por Victoria esclarecido,  
 Por Victoria el denodado,  
 Adonde la humana planta  
 No ha dejado ningun rastro.  
 Y perdida la esperanza,  
 De vagar desesperados,  
 Ya se tornan á sus jefes  
 Y ya abandonan el campo,  
 Cuando ven junto á los mares  
 Como un hilo de humo blanco;

Vuelan donde el humo se alza,  
 Pronto Victoria es cercado,  
 Y al verlo, casi cadáver,  
 Junto á una peña espirando,  
 Inmóviles le contemplan,  
 Y de compasion lloraron . . . .  
 “Levántate, gran Victoria,  
 “Mi General, levantaos,  
 “Que por fin la Independencia  
 “Alumbra como sol claro” . . . .  
 Y erguido aquel esqueleto  
 Y de ventura radiando,  
 Gozoso, altivo, ligero,  
 Alta la faz, firme el paso,  
 “¡Que viva la Independencia!”  
 Grita, el acento esforzando,  
 Y tiende á sus salvadores  
 Los cadavéricos brazos.

---

---

ROMANCE DE LA BATALLA DE ATZCAPOTZALCO.

MUERTE DE ENCARNACION ORTIZ (EL PACHON.)

Bustamante está acampado  
En el Cristo y Santa Mónica,  
Y ocupan Atzcapozalco  
De la vanguardia las tropas.  
Desde allí se oyen las voces  
De la division de Eldorza,  
Y se ve al mayor Buceli  
Con las fuerzas españolas.  
Todo parece pendiente  
De los Tratados de Córdoba,  
Que miéntras se oyen razones,  
Las armas están de sobra.  
Los soldados, impacientes,  
Entretanto se provocan,  
Y los bravos de Codallos  
Hasta Atzcapozalco tocan,

Entre avances y disparos  
 Del audaz don Lino Alcorta.  
 Con los músicos de Murcia  
 Enfurecido se choca,  
 Que desertan de la orquesta,  
 Arremeten y alborotan.  
 Oye del cañon el trueno  
 Desde Tacubaya Concha,  
 Y con sus fuerzas acude  
 Atravesando las lomas.  
 Alístase Bustamante,  
 Y, precavido patriota,  
 Ordena una retirada  
 Tranquila, pero juiciosa.  
 La retaguardia acuchillan  
 Intrépidos los de Concha,  
 Que traducen como miedo  
 Lo que de prudencia es obra.  
 Entónces, enfurecidos  
 Vuelven riendas los patriotas:  
 “¡A ellos!”—grita Bustamante,  
 “Fuego” las trompetas tocan,  
 Y los soberbios corceles  
 Como el huracan se arrojan  
 Sobre las terribles filas  
 De las fuerzas españolas.  
 Horror, y muerte, y gemidos  
 Envuelven las negras sombras;

Y la batalla se acrece  
 Más intensa y más rabiosa.  
 De Atzcaozalco en el templo  
 Están las fuerzas de Eldorza;  
 De Bustamante los bravos  
 Las ciñen y las acosan.  
 En medio de la refriega  
 Y entre la lid congojosa,  
 Se hunde en el lodo pesado  
 Un cañon de los patriotas.  
 Allí mil lides se traban,  
 Le pierden y le recobran;  
 Y ya ¡viva Bustamante!  
 Se escucha, ó vivas á Concha.  
*El Pachon* la lid decide;  
 Solo, erguido, ardiendo en cólera,  
 A la pieza se abalanza,  
 En brazos casi la toma,  
 Despedazando á su paso  
 Cuanto obstruye y cuanto estorba;  
 Y cuando ya victorioso  
 Se alza y grita con voz ronca  
 “¡Que viva la Independencia!”  
 Como anuncio de victoria,  
 Cien balas rompen su seno  
 Cortando su voz fogosa  
 Y una vida, cuyos hechos  
 Justa la Fama pregonan.

Del valiente Bustamante  
 Vítores gritan las tropas,  
 Miétras en tropel se alejan  
 Los batallones de Concha,  
 Ocultándole á Novella  
 Su despecho y su derrota.  
 De Bustamante fué el nombre,  
 Mas fué del Pachon la gloria.

---



---

ROMANCE DE O'DONOJÚ.

(1821.)

---

En aquella misma aurora  
 Que á Leon mira en Oaxaca,  
 Con sus tropas victoriosas,  
 Sus banderas desplegadas,  
 Al estallar los cañones  
 Y repicar las campanas,  
 O'Donojú, receloso,  
 Ve de Veracruz las aguas,  
 Y Veracruz le saluda  
 Virey de la Nueva España.  
 Su juramento recibe  
 Sesudo el General Dávila,  
 Y en el Castillo le rinden  
 Los honores de la plaza.

Cuando sabe los avances  
 Que hace Iturbide, se espanta,  
 Como percibe un marino,  
 Presa de fiera borrasca  
 Que le sorprendió en la noche,  
 Luego que la luz aclara,  
 Que le cercan arrecifes  
 Y sobre arrecifes vaga,  
 Quedando sólo pendiente  
 De algunas dispersas tablas  
 Que algo salvan de su nave  
 Ya que su nave naufraga.  
 De Veracruz á las puertas  
 Formidable está Santa-Anna,  
 Como quien dice, oprimiendo  
 Con las manos su garganta.  
 Inquieta, piensa, vacila,  
 Dando á luz una proclama,  
 Que es más bien de quien suplica  
 Que del que empuña las armas.  
 A don Manuel Gual entónces  
 Y á don Pedro Vélez llama,  
 Ambos honor y decoro  
 De aquella importante plaza,  
 Y con pliegos á Iturbide  
 Cortés y ufano les manda:  
 De paz llevarán mensaje  
 En muy comedidas cartas.

Caballero y expresivo,  
 Su noble amigo le llama,  
 Y le pide una entrevista  
 Para el risueño Orizaba.  
 Iturbide, que está en Puebla,  
 Contento emprende la marcha;  
 Llega O'Donojú primero;  
 Al otro el pueblo esperaba;  
 Se le divisa en las cumbres,  
 Se agitan calles y plazas,  
 Brotan entre los sembrados  
 De las gentes las bandadas,  
 Riegan á su paso flores,  
 Cércanle con verdes ramas,  
 El pueblo le lleva en triunfo,  
 Llenas de embriaguez las almas,  
 Y están rompiendo los aires  
 Los ecos de las campanas.  
 Así camina Iturbide,  
 Y así el fértil Orizaba  
 De sus lindos platanares  
 Las hojas tiende á las auras,  
 Y alza, tocando las nubes,  
 Los penachos de sus palmas.  
 Vedlos; están frente á frente  
 Los dos próceres . . . ya se hablan,  
 Se han estrechado las manos,  
 Entran en la régia estancia;

Miéntras, se dispersa el pueblo  
Por las calles y las plazas,  
Y las graves conferencias  
Para Córdoba se aplazan.

---

---

ROMANCE DE LOS TRATADOS DE CÓRDOBA.

(1821.)

---

Firmáronse los Tratados  
Que de Córdoba se llaman,  
Y eran, con otros ambajes,  
En el fondo el Plan de Iguala.  
Con una corte de burlas  
Y con sus reyes fantasmas,  
El pueblo á la Independencia  
Se atiende, y eso le basta;  
Y ella, con su puro aliento,  
Vida le daba á la Patria.  
En México está Novella,  
Dejando estallar su rabia  
Contra O'Donojú: protesta,  
Porque poderes le faltan  
Para celebrar tratados  
Que afirmen el Plan de Iguala.